

¿UNA ESPOSA?... ¿DOS FAMILIAS?... ¿TRES MUJERES?... UN HOMBRE INCAPAZ DE DECIR «NO» Y MUCHAS MUJERES DISPUESTAS A DECIR «SI»



PRESENTA



UN FILM DE
PIETRO GERMI

Muchas cuerdas para un violín

UGO TOGNAZZI



STEFANIA SANDRELLI

GIGI BALLISTA - RENE LONGARINI - M. GRAZIA CARMASSI

MARCO DELLA GRIGNINA

AGGIORNAMENTO E GUIONE DI PIETRO GERMI - ALFREDO GIANETTI

TULLIO PINELLI - CARLO BERNARI

UNA COPRODUCCION ITALO-FRANCESA: RIALY DELPHOS-ROMA

LOS ARTISTAS ASOCIADOS-PARIS



Una comedia fértil, incisiva, brillante y mil por cien latina. Admirarla en:

DIAGONAL
(BARCELONA)

CALLAO - RICHMOND
(MADRID)

Autorizada para mayores de 18 años

CINE

viaje sin retorno

HACE algún tiempo, con motivo del estreno tardío en pantallas españolas de «El que debe morir», publicaba en estas mismas páginas un comentario titulado «Del Pacífico al Mediterráneo», en el que analizaba la influencia en la obra de Jules Dassin del desarraigo al que el realizador se había visto obligado. Ahora llega, no menos tardíamente, su película de transición, la que pudiera calificarse de inicio de la etapa europea o más justamente de final de la americana. «Noche en la ciudad» (1950) es, en efecto, coproducción angloamericana y en ella, si ve van ya influencias del europeísmo que habrá de ser tan fatal para su autor — aunque todavía estuviera lejos el «periodo» Mercouri—, están latentes las virtudes que hicieron la grandeza de su cine «made in U.S.A.». Luego, «Rififi» sería ya puro procedimiento, ejercicio laborioso de estilo...

Dassin fue uno de los hombres de la generación perdida americana, uno de los que, a raíz del McCarthyismo, hubieron de abandonar su país, cuando no sus ideas. La «crisis de brujas» acostó con la carrera de numerosos hombres y mujeres de cine. Guionistas —los célebres «diez»—, realizadores, intérpretes. Unos fueron sometidos a un sistemático «apartheid», otros se «autoblancaron» para poder continuar sus actividades profesionales, otros emigraron. Loséy fue el único al que el exilio no perjudicó en definitiva, aun que pasara, hasta acceder a la etapa que comienza en «Tim without pity», por auténticas penalidades, llegando incluso a verse obligado a firmar algunos de sus films con pseudónimo, John Barry, cuyas primeras obras, y especialmente «De hoy en adelante», eran más que prometedoras, se vio reducido a firmar en Francia films de serie a la mayor gloria de Eddie Constantine, y no fue el pretendioso «Tambango» el que le socarría de su mediocridad europea. Dassin tuvo la trayectoria que se conoce; en efecto, se trató de uno de los pocos realizadores cuya obra ha llegado a España casi en su totalidad, aunque con imperdonable retraso en muchos casos. «La ciudad dormida» y «Mercado de ladrones» llegaron en su momento, esta última notablemente adulterada. «Brute force» circuló por los cine-clubes hace unas temporadas; de la etapa europea se quedó en camino «La loi» y no ha llegado aún «A dix heures et demi d'un soir d'été», rodado en nuestras tierras. Faltaba, como elemento esencial para el conocimiento del realizador, este obra de transición, billete para un viaje sin retorno.

Véase ahora, a los diecisiete años de su realización, «Noche en la ciudad», es algo tremendamente sugerido. Al margen de sus cualidades intrínsecas, que las tiene, la película supone la actualización a los ojos del espectador de hoy de un cine, el negro americano, que ha desaparecido totalmente de las pantallas, y que cuando ha querido renaturalizarse nunca ha logrado el «cachet» del de la gran época, con excepción del «Harper» de Jack Smight. Ante nosotros resurgen, en 1967, los personajes y los temas de hace casi veinte años con su halo casi mítico. Richard Widmark en su mejor momento, Gene Tierney cuando aún no había perdido la fragancia de «Laura», las carreteras por collados al extremo de los cuales se hala la muerte, los amoncoserios lividos a orillas de los ríos de las grandes urbes, los puentes, los cabarets de baja estofa, los salas de entrenamiento, todos los elementos, en suma, de un universo poético hecho de violencia y abyección, de injusticia y dinero fácil, que el cine americano operaría en aquellos días al oficial del optimismo de la victoria, a la comedia de refrigerador y «hang». Dassin fue, en aquella época, el pionero de este tipo de cine que sacaba a la calle a los personales que, inspirados de más o menos cerca en las crónicas literarias de Dashiell Hammett y Raymond Chandler, se habían debatido hasta entonces en los decorados de estudio, interpretados, si era posible, por Bogart. Frente a Huston, por un lado, con el que por otra parte sus films tienen más de un punto de contacto, y a los de Hathaway o King, de oro, Dassin supuso, en su momento, una renovación del género ya próximo a extinguirse, en el sentido de que sus películas sacaban a sus personajes de la atmósfera agobiante, de tensión químicamente pura, de los primeros del culto de «The maltese falcon», sin por ello caer en el anecdótico naturalismo, casi siempre tenido de guerra fría de los de los otros. En último término, Dassin volvía, con planteamientos estéticos a los que no era ajena la assimilación del entonces floreciente neorrealismo, al gran cine de gangsters de los años treinta, cuya obra cumbre es el «Scarface» de Howard Hawks. Quidó por ello, la copia española de «Noche en la ciudad», quizás con el designio de ocultar la fecha de realización de la obra, cuenta con una voz en off que, no se sabe por qué, sitúa la acción en el año 1931, cosa que desmiente a todos lados el vestuario femenino, de la época en que el film fue realizado.

La nostalgia es inevitable en un caso así. Como es inevitable el pensar, una vez más, que el exilio es mala cosa para un creador, y aún en mayor medida para quien ha escogido el cine como vehículo de expresión. El Dassin americano, incluido el angloamericano de esta ocasión, poco tiene que ver con el que ahora, lleno de pretensiones culturalistas y dominado por volcánica personalidad de Melina Mercouri, elabora año tras año productos concebidos a la mayor gloria de la actriz y el Mediterráneo, sin crear posiblemente demasiado en lo que hace, y con la ausencia quemante del «fado de San Francisco, Nueva York o Londres bajo sus pies».

CESAR SANTOS FONTENLA